



La acción del Espíritu Santo en imágenes femeninas

Leo en un anuncio reciente de Whisky: “la acción está allí donde estás tú”. Puede que resulte irreverente, pero mi experiencia del Espíritu coincide bastante con esta afirmación y me explico. Cuando descubro en mi propia vida o en la de otras personas una acción o manera de proceder según Jesús y su Evangelio, sé que por ahí está actuando el Espíritu.

Mi referencia a esa acción suya ha ido creciendo con el tiempo: cuando miro hacia atrás me va siendo más fácil rastrear con agradecimiento sus huellas en mi vida y el eco de ese modo suyo de hacerme sentir su presencia que, como Elías...

También voy entendiendo mejor aquello de Pablo de que “el Espíritu viene en auxilio de nuestra debilidad” (Rom 8, 26): el más elemental realismo me va demostrando, no sólo que “no sé orar como conviene”, sino que ese “no saber” abarca casi todo el resto de los aspectos de mi vida. Pero esa constatación que antes me apabullaba, ahora casi la celebro, porque recuerdo que puedo contar con una fuerza que no me pertenece, pero que me habita y que, a poco que se lo consienta, se hace cargo de mi vida y se encarga de ella bastante mejor de lo que haría yo mismo si me empeñara.

Una novedad en cuanto al imaginario con que me refiero espontáneamente al Espíritu es que lo hago de manera femenina.

Animadora de mi juego, la llamo. Y digo “animadora”, lo mismo que podría decir “entrenadora” por aquello de que el verbo “parakleo” que es de donde viene lo de “Paráclito”, expresa estupendamente lo que hace el entrenador de un equipo: lo anima, se le ve infinitamente interesado en que gane, le enseña estrategias, se alegra con sus triunfos, está a su lado en sus derrotas... Y pienso que hay en el Evangelio un “juego pascual”, el del “pierde/gana” de Mc. 8,35 tan difícil de aprender a jugar que yo prefería verlo siempre en TV (“que bien lo juegan los misioneros”, “qué fichajes para el Reino los del Salvador o los que quedan en Argelia o Teresa de Calcuta...”) pero veo que el Espíritu está empeñado en enseñarme/nos a jugarlo, con la paciencia infinita de quien cuenta casi siempre con jugadores torpes y cobardes.

Maestra interior la llamo también; que según va pasando la vida y voy entendiendo experiencias preciosas de amistad, comunicación profunda y acompañamiento espiritual, me crece la convicción de que hay en cada uno de nosotros/as una zona incomunicable y a la que casi no tenemos acceso ni nosotros/as mismas, pero que es transparente para el Espíritu que desde ahí enseña, atrae, conduce y mueve. Pero la cosa no va de intimismos porque es una conducción que ya se sabe dónde va a parar: oí contar hace poco lo que le preguntaron al Abbé Pierre en la TV: “¿Qué es lo más importante para usted?”. Y el contestó rápidamente: “los otros”. Esa es la asignatura que enseña siempre la “Maestra interior”.

Y en tiempos y momentos de desánimo, que no son pocos, la experimento como Amiga, como la Presencia que, según el Apocalipsis, está siempre junto a esa novia, a la espera, que es la Iglesia, para no permitir que la ausencia prolongada del Señor y el sufrir de tanta gente nos abrumen hasta el punto de apagar nuestra esperanza. Porque en medio de tantas cosas en contra, para sostener en nosotros/as ese deseo que nos hace seguir clamando tercamente: “¡Ven, Señor Jesús!”.